

Reflexiones iniciales acerca del desafío que las prácticas de intervención social suponen para el humanismo crítico latinoamericano*

Initial thoughts on the challenge that social work practices mean to Latin-American Critical Humanism

María del Pilar Rodríguez**

Resumen:

En Trabajo social se enfrentan diferentes corrientes de pensamiento, sin embargo entre ellas prima una posición teórico-epistemológica humanista, lo que ha permitido enriquecer la profesión, profundizar ciertos debates y aclarar posiciones respecto de las implicancias ético-políticas de la intervención. Analizamos críticamente la propuesta de una ética social y ciudadana para Trabajo Social elaborada por Norma Fóscolo y Adriana Arpini, que toma importantes elementos de lo que puede considerarse como humanismo crítico latinoamericano.

Palabras claves: Trabajo social - Ideología - Humanismo
Intervención social - Formación profesional

Abstract:

In Social Work several schools of thought confront, though the theoretical-epistemological humanist approach takes priority. This enriches the profession permitting in-depth discussions and clarifying the different stances regarding the ethical-political consequences of intervention. We analyze here the proposal for an urban and social ethics in Social Work, developed by Norma Fóscolo and Adriana Arpini, which takes important elements from the so-called Latin American Critical Humanism.

Keywords: Social work - Ideology - Humanism - Social intervention - Professional training

Introducción

En Trabajo social se enfrentan diferentes corrientes, distintos modos de entender la profesión, sus funciones, posibilidades y límites, distintos modos de comprender las relaciones sociales que la constituyen y sostienen como disciplina, distintas miradas acerca de los sujetos con quienes trabaja. Coexisten posiciones con énfasis en el funcionalismo, en el positivismo, en diferentes lecturas del marxismo. En este mosaico, sin embargo, prima de manera hegemónica una posición teórico-epistemológica humanista, lo que ha permitido enriquecer la profesión, profundizar ciertos debates y aclarar posiciones

*Una versión preliminar del presente trabajo fue parte del informe final del proyecto de investigación denominado "Reconocimiento y diversidad. Para un humanismo crítico de América Latina en el siglo XX", dirigido por la Dra. Adriana Arpini y financiado por la SECTyP de la Universidad Nacional de Cuyo (UNCu), argentina, periodo 2011-2013, Código 06- G556.

**Trabajadora Social argentina, Magister en Teoría y Metodología de las Ciencias Sociales por CLACSO-FLACSO, becaria de CONICET y docente de la Licenciatura en Trabajo Social (UNCu), prodriguez@fcp.uncu.edu.ar, rodriguezpili@yahoo.com.ar

respecto de las implicancias ético-políticas de la intervención. Consideramos que la propuesta de una ética social y ciudadana para Trabajo Social elaborada por Norma Fóscolo y Adriana Arpini (2007), propuesta que tiene como una de sus fuentes teóricas principales ciertos aportes de la filosofía latinoamericana, es ejemplo de la profundidad y riqueza que tales formulaciones pueden alcanzar.

Al mismo tiempo, empero, en ciertos ámbitos se produce un anquilosamiento de los postulados humanistas que lleva a precipitar consensos superficiales y arroja poca luz sobre los supuestos y sobre los efectos de las prácticas de intervención realmente existentes.

En este trabajo postulamos que las prácticas concretas de intervención social constituyen un desafío para las posiciones teóricas humanistas. Para ello, nos ocupamos de la propuesta de Fóscolo y Arpini, fundamentalmente analizando el texto *Desafíos éticos para el Trabajo social latinoamericano...* Analizamos sus supuestos y el modo como las autoras buscan superar los límites del humanismo paternalista o humanitarismo.

Expresiones del malestar

Podemos ejemplificar la hegemonía de la perspectiva humanista en Trabajo social a través de expresiones de estudiantes del último año de la carrera¹, las que son representativas del sentido común en el colectivo profesional:

“Los sujetos con los que estamos trabajando tienen varias dificultades: poca participación, no están organizados, no tienen conductas funcionales a lo que socialmente se espera, etc.”

“La propuesta de intervención profesional que planteamos tiene la finalidad de transformar, en lo posible sustancialmente, la situación problema”

“El contexto institucional y su dinámica obstaculiza la intervención profesional”. (Parola, 2011:1)

Encontramos que tales expresiones muestran cómo el sentido común que organiza, en general, las intervenciones profesionales aparece saturado de elementos propios del humanismo, pero en una versión anquilosada. Señalemos, por ejemplo, la comparación realizada en la primera expresión entre un modelo de ser humano que indicaría el modo adecuado de participar, de organizarse, de comportarse, modelo que los sujetos de carne y hueso jamás actúan completamente. En lugar de comprender lo humano como diverso, la lógica ideológica funciona unificando y naturalizando modos correctos de ser humano desde los cuales se juzga a los sujetos con quienes se trabaja. La segunda y tercera expresión colocan al trabajador social en el lugar de agente de cambio, en el lugar privilegiado de quien sabe cómo deben ser las cosas y de qué manera lograrlo, lo cual no es un saber compartido ni por los sujetos con quienes se trabaja ni por otros miembros de las instituciones en que se desempeña.

Las expresiones señaladas nos permiten pensar la existencia de un hiatus entre las producciones teóricas de la disciplina y la lógica de la ideología que inevitablemente está presente en las intervenciones sociales. Si bien las producciones teóricas no son ajenas a la ideología, no son lo otro de la ideología, sin embargo, en ellas es posible advertir algunos matices, ciertas precauciones, intentos de superar las críticas realizadas al humanismo clásico o conservador. Sin embargo, en las intervenciones sociales, se desnuda su crudeza, se palpan sus contradicciones².

¹ Estas frases fueron incluidas y analizadas desde otra perspectiva por Ruth Parola (2011).

² Para ampliar este tema, cfr. Lobos, N., Rodríguez, MP y Ricardo Rubio (2012) “¿De qué hablamos cuando hablamos de derechos humanos y de qué -al hablar de ellos- evitamos hablar?”. En: Martínez, Silvana (coord.) *Contextos y prácticas de Trabajo Social. Los desafíos de concretar derechos en la Argentina Contemporánea*. Entre Ríos: La Hendija. Pp115-136.

Al mismo tiempo, lo hasta aquí expresado es muestra de cierto malestar: el que hilvana la constatación permanente de situaciones de desigualdad social, el origen de la profesión asociado a la reproducción de las relaciones sociales capitalistas y el mandato que, desde posiciones críticas, se realiza de transformar la realidad. En otras palabras el mandato de cambio convive con lo estructural de la desigualdad social, produciendo frustración y malestar en la tarea.

Sin embargo, hay otro elemento que coadyuva en el sostenimiento del malestar antes descrito y es que habitualmente las producciones teóricas críticas dan poca cuenta de la intervención cotidiana, del qué se hace concretamente, con qué supuestos y con qué efectos y, por lo mismo, de cuáles podrían ser las estrategias de intervención más adecuadas. Este aspecto del problema ha sido ya señalado por distintos autores, tal es el caso de Nora Aquín (2006) quien reconoce cierto 'desbalanceo' en la discursividad hegemónica del Trabajo social argentino y latinoamericano actual, dada la alternancia entre análisis con énfasis en lo estructural y análisis con énfasis en los problemas específicos del campo. Los primeros concentran su esfuerzo en el conocimiento de la totalidad social y el lugar del trabajador social en ella y dejan el análisis del aspecto operativo-instrumental y de la intervención para ser realizado por cada profesional, sin avanzar en dar pistas para tal tarea. Los segundos se concentran en problemáticas sociales puntuales y propuestas para intervenir en ellas (niñez, adultos mayores, discapacidad, identidades disidentes, etc.), en las que la estructura social no pasa de ser un contexto cuyas articulaciones con las problemáticas enunciadas no son claramente explicitadas.

En este sentido, consideramos que la propuesta ética para la profesión Trabajo social que presentamos a continuación y que tiene como uno de sus fundamentos principales ciertos aportes de la filosofía latinoamericana, tiene un desafío concreto en las prácticas de intervención social: el desafío de orientar el obrar sin constituirse en un elemento más que alimente formas anquilosadas y poco fructíferas de pensar desde la tradición humanista.

Aportes desde la Filosofía latinoamericana a una ética profesional de los trabajadores sociales

Tanto Norma Fóscolo como Adriana Arpini son filósofas mendocinas que compartieron la cátedra Ética Social y Profesional de la Licenciatura en Trabajo social de la UNCu, entre 1986 y 2004. Estos años de trabajo y reflexión compartida cuajaron en la producción del libro *Desafíos éticos del Trabajo social latinoamericano. Paradigmas, necesidades, valores, derechos*, publicado en el año 2007 por la editorial Espacio. El libro es tanto la expresión de la propuesta elaborada y reelaborada en función de la experiencia de veinte años de docencia e intercambio con profesionales de Trabajo social, como el resultado de una investigación empírica sobre los dilemas éticos que enfrentan cotidianamente tales profesionales. Participaron en tal investigación graduados y estudiantes de la carrera.

En los textos de Fóscolo y Arpini, fundamentalmente en la primera, aparecen reiteradas referencias a autores de la Corriente Crítica Brasileira (en adelante CCB), corriente inscripta en la línea del marxismo historicista de Lukács. Así, por ejemplo, Fóscolo y Rubio hacen explícito que comparten con M.L. Silva Barroco las relaciones entre el ethos y su base, la ontología del ser social. En palabras de la trabajadora social brasileira:

"La perspectiva que nos orienta, de carácter ontológico-social-materialista, busca, a partir de la razón dialéctica, aprehender, en la totalidad socio-histórica, las categorías ético-morales, descubriendo sus particularidades y legalidades." (Silva Barroco, 2004:72).

Esta aproximación explícita a una pensadora de la denominada CCB, corriente en la que se enfatiza y se trabaja por la hegemonía de un proyecto ético-político específico para el Trabajo social latinoamericano, no debe pasar desapercibida pues señala una confluencia de intereses, un rescate de ciertos aspectos del discurso tendiente a reflexionar acerca de los compromisos políticos que implica toda intervención social. Este rescate aparece en diversos momentos en el discurso de Fóscolo. En el texto siguiente encontramos que Fóscolo realiza, al mismo tiempo, un acercamiento y una toma de distancia respecto de la CCB, esta vez haciendo referencia a E. Borgianni:

“No estamos imaginando un Trabajo social como vanguardia esclarecida, portadora, única, de un proyecto ético-político, única capaz de transformar la realidad social. Pero creemos que la posición específica que ocupa el Trabajo social le da la oportunidad, al tiempo que le impone como deber ético, el compromiso con movimientos sociales de emancipación. No se trata para la profesión de encontrar sólo la coincidencia con los proyectos societarios emancipatorios (Cfr. Borgianni y otros, 2003) como un imperativo más al deber profesional. Sino que son estos mismos proyectos societarios los que deberían *inspirar el proyecto ético-político del Trabajo social.*” (Fóscolo, 2007:215) (cursivas nuestras).

Fóscolo coincide en algo central con la CCB, los profesionales de Trabajo social tienen el deber ético de desarrollar un proyecto ético-político favorable a los movimientos societarios emancipatorios, aunque para la autora mendocina no se trata de construir un proyecto para luego buscar las coincidencias con los movimientos sociales, sino de inspirar el proyecto mismo en tales movimientos. Lo que nos interesa resaltar es la fuerza de este imperativo ético en la propuesta de Fóscolo, porque, insistimos, la acerca al discurso que enfatiza la necesidad de politizar la intervención.

Sin embargo, en la “Introducción” del libro *Desafíos éticos...*, Fóscolo señala como otro interés rector de la obra el ser útil para enfrentar las situaciones que aborda el Trabajo social latinoamericano, tratando de oír las inquietudes profesionales y, sin cerrar el debate, sugerir una propuesta. En la parte final de este trabajo analizaremos cómo la exhortación de construir un proyecto ético-político en la profesión, es acompañada por el esfuerzo de enunciar los dilemas y contradicciones éticas más habituales en el ejercicio profesional y por brindar herramientas analíticas para enfrentarlos. Las siguientes palabras de Arpini ratifican la mirada de ambas autoras sobre la necesidad de prestar atención a la práctica cotidiana de los trabajadores sociales:

“...importancia del ejercicio cotidiano de la interpretación y reflexión crítica sobre la propia práctica, a fin de evitar la naturalización de situaciones de injusticia, exclusión y desintegración social, por el estancamiento o carencia de instrumentos teóricos y de referentes ético-normativos adecuados para desentrañar la problemática específica de Trabajo social.” (Arpini, 2009:6).

El interés de las autoras por realizar una propuesta útil para la intervención de los trabajadores sociales se observa también en el texto dedicado a analizar los valores. En el mismo Fóscolo expresa que propone un modo de comprenderlos que posibilita superar lo que suele aparecer como un dilema en la intervención profesional de los trabajadores sociales: la no coincidencia entre sus *valores personales* y los *valores personales del usuario*, planteados como mundos inconmensurables. Experimentar esto como un dilema supone que el respeto de alguno de tales valores sólo puede realizarse sobre la base de no respetar los valores del otro. En otro sentido, Fóscolo invita a pensar que la existencia de valores universales, construidos y sostenidos en la experiencia compartida de una misma historia social entre profesionales y usuarios, abre las puertas a una intervención que tenga como fundamento tales valores y permita superar el dilema planteado.

La preocupación por la intervención profesional aparece también en Arpini cuando expresa que “el desafío y la originalidad de nuestros propios planteos dependerán en buena medida de la lucidez con que se identifiquen y analicen los problemas a resolver.” (En Fóscolo 2007:107).

La Filosofía Latinoamericana de la Liberación, una de las fuentes teóricas centrales de la propuesta de Fóscolo/Arpini para el Trabajo social latinoamericano, rescata una particular comprensión del ser humano, como sujeto corporal, un ser viviente, con necesidades, desde las cuales produce, transforma el mundo y crea cultura. Es un ser racional, pero no se trata de una razón trascendente en el sentido cartesiano, sino de un ser humano situado, históricamente condicionado. Sin embargo, tampoco se trata de un determinismo material, el lugar no ideológico que permite señalar algo como ideológico no es un lugar *a priori*, en el sentido que necesariamente todo grupo social que lo ocupe se encontrará libre de ideología, como fuera el lugar destinado al proletariado en ciertas lecturas marxistas. Se trata, más bien, del lugar de la necesidad y de la dignidad, lugares estos que gozan de cierto dinamismo, pues lo ocupan distintos actores y grupos en diferentes relaciones sociales.

De hecho, Arturo Roig en el texto compilado por Adriana Arpini, *América Latina y la moral de nuestro tiempo* (1997) explica que las *morales emergentes* surgen de la experiencia y de la conciencia de una necesidad que presentan los movimientos sociales. El filósofo mendocino señala que esto no implica, necesariamente, que los movimientos tengan un proyecto alternativo explícito. Además, aunque tienen voluntad de cambiar lo que oprime, esta voluntad no siempre es clara.

Respecto del bien de la ética latinoamericana, Fóscolo se apoya en Hinkelammert (2003) y en Dussel (1998) para sostener que la posibilidad de señalar el bien común no se fundamenta en la defensa de una naturaleza humana abstracta y atemporal (desde la cual se han definido formas de bien común que se convirtieron en instituciones opresoras), sino que es una definición histórica y, por lo tanto, con posibilidad de cambio. El bien común debe definirse, en cada caso, desde la negación, desde la resistencia al sistema de dominación, desde las víctimas.

Al mismo tiempo se advierte que es posible que el nuevo bien produzca como efecto nuevas víctimas. Es decir, la pretensión de bondad crítica de las víctimas no es absoluta, pero permite explicitar el lugar desde donde se realiza la crítica ideológica. Entender de este modo el lugar de las víctimas permite cierto resguardo respecto a posibles lecturas esencialistas de la propuesta de estos autores.

Al ocuparse del aspecto ontológico-antropológico de las necesidades, tema vertebral en la profesión Trabajo social, por ejemplo, lo primero que se argumenta es que las necesidades no son sólo económicas, no son sólo carencia, son también impulso, tendencia que lleva a actuar; permiten al ser humano verse como posibilidad de realizar un proyecto de vida. El ser humano, en su praxis histórica, construye las mediaciones para tal fin y con ello construye su mundo y se construye a sí mismo.

“Hasta ahora podemos pues afirmar que el sujeto que tiene experiencia de las necesidades es el sujeto vivo, singular; pero, por otra parte, son las necesidades las que están en la génesis del desarrollo histórico de la especie humana. En el primer sentido, las necesidades no son propiamente objetivas. Sin embargo, ellas son objetivables. El proceso de objetivación de las necesidades es el mismo proceso histórico, al punto que no existe posibilidad individual de satisfacción de las necesidades subjetivas sin la sociedad.” (Fóscolo, 2007:142).

De acuerdo a lo expresado, Fóscolo entiende que las necesidades no son individuales, desde el momento que el individuo, aquél átomo indivisible que la tradición liberal entendiera como fundamento de la sociedad, no existe. Las necesidades son, en todo caso, subjetivas,

experimentadas por un sujeto vivo, experiencia que es intranferible. Pero, al mismo tiempo, las necesidades son sociales, no objetivas (dado que cada sujeto tiene una experiencia distinta de ellas), pero tampoco absolutamente relativas. Más bien, las necesidades son sociales en el sentido que son objetivables, el proceso de creación y producción de lo humano es a través del proceso de búsqueda de satisfacción de necesidades y de creación de nuevas necesidades según el grado de desarrollo productivo. Durante el proceso de satisfacción de necesidades estas se objetivan en sistemas de referencia que son externos a los hombres particulares, que los trascienden. Es una contradicción del capitalismo que el enriquecimiento de la especie humana por la producción de objetivaciones tales como la ciencia, la técnica y el arte, suponga a la vez el empobrecimiento individual, la reducción de las necesidades de las clases dominadas. El ser humano particular debe *apropiarse de tales objetivaciones* para que ellas se remitan a él y él las pueda plasmar.

Tras las pistas de la Filosofía Latinoamericana de la Liberación, se destaca el aporte de Roig quien entiende que las necesidades son un principio ontológico del hombre y están ligadas a un *a priori antropológico*.

“Siguiendo a Spinoza, Roig define al conatus como el impulso del ser -en este caso, del ser humano-, de perseverar en su ser. Y es un a priori, a partir del cual todo el accionar del hombre y sus productos se juzga y se valora porque implica, al mismo tiempo, la valoración primera: tomarnos a nosotros mismos como valiosos.” (Fóscolo, 2007:136).

Dussel, en *Hacia una filosofía política crítica* (2001) afirma que “el ser humano debe producir, reproducir y desarrollar la vida humana” como posibilidad de realización de esa vida, siempre histórica y culturalmente concretada en modos particulares de ser desde los cuales debe medirse tal realización. Hinkelammert, en *Crítica de la razón utópica* (1984), sostiene que el ser humano es un sujeto vivo cuyas dimensiones son la del sujeto actuante, sujeto cognoscente y sujeto práctico. El sujeto es tanto actuante y, por ende, capaz de proveerse los medios para lograr sus fines (medios económicos, por ejemplo), como un sujeto práctico, es decir ético y político. En esta dimensión se juega el proyecto de vida, que trasciende la relación económica medios-fines.

Finalmente, se adopta la lectura que desarrolla Agnes Heller en las obras *Teoría de las necesidades en Marx* (1978) y *Una revisión de la teoría de las necesidades* (1996). Así, las necesidades no son solo carencias, definibles en el marco del sistema económico, sino también deseos relacionados a un modo de vida, a un proyecto de vida. Son *categorías de valor*, modos de orientarse en el obrar.

Necesidades y valores son, como explicamos, dos nudos conceptuales centrales en la propuesta que estudiamos. Qué son los valores, qué posibilidad hay de considerar algunos de ellos como mejores que otros, como universalizables y exigibles, son interrogantes y respuestas en las que podemos profundizar los fundamentos y argumentos filosóficos de las autoras que estudiamos. Ubicadas en una tradición crítica del pensamiento y recuperando los aportes de Marx, Nietzsche y Freud, las autoras señalan las consecuencias negativas de la razón moderna, homogeneizante y dominante. Así, Arpini destaca la noción marxista de mediación entre lo que el hombre es y puede ser y el lugar que ocupa en las relaciones sociales de producción; con Nietzsche se señala la voluntad de poder que, transformada en voluntad de dominio, mueve y sostiene a los principales valores de la filosofía occidental clásica y moderna. Respecto de Freud se destacan su crítica a la religión, el derecho y la ética como causas de represión y malestar, debido a una razón que busca imponerse sin contemplar la búsqueda natural del placer presente en el ser humano (Arpini en Fóscolo 2007).

A partir de estos autores, Arpini entiende que la relación entre el ser humano y la realidad que construye depende de “mediaciones tales como el trabajo, los valores, las ideologías, el lenguaje, el propio inconsciente...” (En Fóscolo 2007:31). Esta comprensión señala la existencia de una subjetividad no caracterizada por una conciencia transparente y trascendental, de una subjetividad que construye y comprende la realidad a partir de esas ineliminables mediaciones. Esto reitera que, aún con tales recaudos, las autoras organizan su propuesta teniendo como base desde la cual maniobrar, a una subjetividad que puede, luego veremos, tomar distancia crítica de tales mediaciones.

La sospecha sobre la razón moderna socava la confianza en la conciencia y la racionalidad subjetiva como reducto *del que brotan los valores* y que puede sostener un sistema ético. Esta filosofía anticipa el giro lingüístico que hace del lenguaje la mediación fundamental de toda expresión humana, profundizando aún más la sospecha sobre posibilidad de sostener cualquier fundamentación ética. En tal sentido, explica Arpini:

“No obstante este impasse por el que atraviesa la Ética desde fines del siglo XIX hasta mediados del siglo XX, a partir de la década de los '60 se asiste a una recuperación de la teoría ética, al punto que la filosofía práctica ha llegado a constituir el meollo de la reflexión filosófica como en otros tiempos lo fuera la metafísica o la teoría del conocimiento. No sólo las llamadas ciencias duras, sino también la sociología, la economía, el derecho, la historia -que tras el impacto del positivismo se habían afianzado en su pretensión de 'estar libres de valores'- se reconocen hoy como discursos humanos complejos que *reclaman una discusión valorativa.*” (Arpini, en Fóscolo 2007:86) (cursiva nuestra).

El texto citado nos aporta dos elementos centrales para nuestra argumentación. Por un lado, se advierte que lo que la autora señala como *recuperación de la teoría ética* coexiste temporalmente con las denominadas teorías *post*. Nada parece más lejano de teorías postestructuralistas, postmodernas y postmarxistas (Foucault, Lyotard y Žižek, entre otros) como la posibilidad de encontrar reductos racionales, no homogeneizantes ni opresores, desde los cuales sostener la mayor legitimidad ética de unas propuestas valorativas sobre otras. La noción de discurso parece más bien engullirse tales posibilidades. Sin embargo, junto a los nuevos movimientos sociales y culturales que reclaman por salir de situaciones de opresión social y simbólica (negros, mujeres) y que encontraron en los señalamientos de la eficacia opresiva o liberadora que puede tener el discurso un anclaje teórico a su lucha, convivía la lucha social (obrero en algunos países, campesina en otras), por salir del sistema capitalista y de la desigualdad social estructural que supone. Estas luchas tuvieron también gran importancia en el mundo occidental de los '60 y '70 y ello se plasmó en formas de pensamiento que justificaban la legitimidad ética de los reclamos y las luchas sostenidas por tales sectores.

El segundo planteo de Arpini que nos interesa destacar del texto arriba citado, es el reclamo por una discusión valorativa en torno al saber y sus efectos en disciplinas que se consideraban a sí mismas como *libres de valores*, como neutrales. No casualmente, el discurso que en la profesión Trabajo social prioriza el tecnificar la intervención es el discurso hegemónico hasta los '60, siendo a partir de allí cuestionado por la Reconceptualización, movimiento que da origen al discurso politizar las prácticas.

En la siguiente cita se advierte cómo Arpini insiste en que la reflexión en torno a los valores y la opción por ellos es necesaria e inevitable al mismo tiempo que cuestiona, por un lado, la reducción de todo criterio de verdad a la verdad científico-tecnológica y, por el otro, el debilitamiento extremo de la razón. Entendemos que la posición asumida por la autora señala una distancia respecto de la comprensión positivista de la ideología, según la cual la ideología es lo opuesto a la ciencia y la ciencia es el verdadero conocimiento de la realidad y una distancia también respecto de posiciones postmodernas según las cuales no hay verdad posible de enunciar, de sostener y de defender.

Cabe igualmente destacar que, si bien se valorizan la reflexión ética y el papel de las ciencias sociales críticas, la propuesta de Fóscolo y Arpini, en sintonía con la Filosofía Latinoamericana de la Liberación, se distancia de posiciones idealistas y más aún de posiciones ilustradas. La transformación social no proviene del ámbito intelectual, aunque este sea importante, sino de la experiencia de opresión vivida por los movimientos sociales. Experiencia que, como ya hemos señalado, tampoco deriva necesariamente en la constitución de una nueva moralidad, radicalmente distinta a la eticidad vigente:

“Pues bien, si por un lado, como consecuencia de la reducción de todo criterio de verdad al de la objetividad y eficacia científico-tecnológica, resulta desacreditada la capacidad de los enunciados valorativos para expresar normas y valores objetivos; y si por otra parte, con la pretensión de disminuir las ambiciones totalizadoras de la metafísica se apela a una forma debilitada de la razón, que no alcanza para llevar adelante una crítica de esas mismas pretensiones y, a la vez, resignificar y/o fundamentar nuevos valores y criterios normativos; entonces cabe preguntarse: ¿cuáles son las posibilidades de discernir y dar razón de las normas y valores orientadores de nuestras acciones cotidianas? (...) ¿con qué criterio preferir un curso de acción a otro?...” (Arpini, en Fóscolo 2007:90).

Las mismas autoras dan respuesta a los interrogantes formulados en torno a si existe la posibilidad de discernir la mayor o menor legitimidad y bondad entre diversas normas y valores. Así, Fóscolo explica que una reflexión filosófica en torno a los valores puede ayudar a elucidar aspectos éticos de la práctica profesional. Asume las nociones de *objetivación* y de *praxis histórica* tal como las trabaja Agnes Heller (1972), lo que le permite orientar la reflexión hacia la existencia de valores universales, valores que nos preexisten, sin por ello ser parte de una esencia humana, sino productos históricos. Los valores son una realidad objetivada y a la vez construyen realidad, tal construcción no depende exclusivamente del conocimiento humano, sino también y fuertemente de su actividad valorativa.

Esta comprensión de los valores es propuesta por Fóscolo, tal como adelantamos, como un modo posible de superar lo que suele aparecer como un dilema en la intervención: la no coincidencia entre los valores del profesional y los valores del usuario. En lugar de pensarlos como mundos inconmensurables, se propone buscar apoyo en valores universales, objetivados a partir de la experiencia compartida de una misma historia social.

La comprensión propuesta por Fóscolo acerca de los valores y de su relación con la disciplina que estudiamos, se ratifica en el texto de Fóscolo “Propuesta de una ética para el Trabajo social”, en el cual la autora presenta al trabajador social como un sujeto moral y a la vez como un actor social que actúa en diversas esferas: la comunidad próxima, la política y la socio-política relacionadas a la institución en que trabaja, la del colectivo profesional y la de la sociedad política en tanto es un ciudadano. A pesar de que en las actuales sociedades de *ethos* disgregado cada esfera se mueve con valores diferentes, Fóscolo entiende que el profesional “como sujeto moral, sin embargo, mantiene cierta unidad y coherencia de conducta basada en ciertos valores elegidos.” (Fóscolo, 2007:202).

La autora reconoce la fuerte incidencia de los valores culturales (según el origen étnico, la educación familiar, la religión que se profesa, la clase social a que se pertenece, etc.) sobre los valores morales. Sin embargo, insiste:

“... no se puede negar la importancia de la moral personal; el obrar ético comporta siempre un aspecto de moralidad personal: porque tanto la decisión para la acción como la aceptación consciente y/o crítica de las normas se logran con la intervención de la conciencia y el juicio personales.” (Fóscolo, 2007:203).

Fóscolo y Arpini reconocen la necesidad y conveniencia de analizar las mediaciones que construyen la mirada de los sujetos, las fuentes de los valores culturales, incluso promueven tal análisis, pero persisten en dar un paso más, el de la fundamentación de un obrar ético que consideren universalizable y legítimo.

En los textos de Fóscolo encontramos confianza en la capacidad reflexiva del ser humano, aún cuando se reconozcan las múltiples mediaciones y el choque de fuerzas que constituyen la subjetividad, se vuelve a incentivar la reflexión, la toma de posición consciente:

“Si bien, por una parte, en sus decisiones profesionales debe hacer jugar su propia moral personal y su propio juicio moral, *puede hacer esto de manera no consciente, o bien consciente*, aceptando los valores recibidos, o rechazándolos en un ejercicio de su juicio moral crítico. En este segundo caso, se supone la aceptación y el reconocimiento de otros mundos de valores, y la relativización de los propios, además de la consideración de la posible conflictividad entre sus propios valores y los del co-sujeto. Para un obrar ético que no absolutice de manera autoritaria o paternalista los propios valores, sería necesario que se encontraran valores comunes entre el trabajador social y los co-sujetos.” (Fóscolo, 2007: 204) (cursivas nuestras).

Fóscolo señala que el profesional de Trabajo social hace jugar su moral personal, entendida como el producto de su trayectoria singular, en la intervención profesional. Propone que puede hacer esto de manera no consciente o consciente. De este modo vuelve a reconocerse la existencia de un registro inconsciente -lo que ya había sido advertido por Arpini al asumir la tradición de la filosofía de la sospecha-, el cual es presentado en contraposición a lo consciente.

La idea de que el profesional *puede* moverse en un registro u en otro parece colocar la decisión en el plano de la voluntad individual. Si bien es claro que la autora enfatiza el margen de autonomía de que dispone el profesional y la responsabilidad que por ella le compete, sin negar las múltiples determinaciones que se ponen en juego, la propuesta se detiene poco en dos advertencias que consideramos importantes. Por un lado, creemos conveniente insistir en que el paso del plano consciente al no consciente es un paso lento, una experiencia asociada a diversas situaciones vitales, de las cuales la reflexión ética o el ejercicio del juicio crítico es sola una. Por otro lado, entendemos pertinente evitar planteos disyuntivos, según los cuales pueda entenderse el registro consciente como distinto al registro no consciente. Más bien consideramos que ambos funcionan juntos, que las decisiones morales tienen al mismo tiempo componentes conscientes y no conscientes, son contradictorias, tensas, implican avances en algunos planos y retrocesos en otros.

En el mismo sentido, nos interesa señalar algunos comentarios a raíz de la siguiente cita de la autora, parte del apartado subtítulo “Superando las contradicciones”, en el texto “Propuesta de una ética para el Trabajo social”:

“...desde la ética ciudadana se podrían *superar las contradicciones* entre sistemas de reglas o plexos de valores (...) y enderezar las interacciones a metas valorativas comunes basadas en los valores intrínsecos que atribuimos a las instituciones justas. (...) La intraductibilidad de los mundos de vida, ya sea de clase, comunitarios o personales, puede borrarse a través del compartir los valores comunes de la ciudadanía. Así, trabajador social y co-sujeto son, ambos, ciudadanos con iguales derechos.” (Fóscolo, 2007:213) (cursivas nuestras).

Los valores de la ética ciudadana (justicia, igualdad, racionalidad comunicativa) son presentados como un piso mínimo común, desde el cual *superar las contradicciones* entre los valores de los profesionales, de las instituciones y de los usuarios. Estos valores son compartidos a partir, como ya hemos expresado, de una historia social en común, sin negar por

ello que su realización se encuentra asociada a una lucha política incesante. A través de esta propuesta Fóscolo proporciona un camino cierto, explícito, fundamentado, en el cual apoyar la toma de decisiones éticas que el profesional de Trabajo social debe realizar cotidianamente.

Sin embargo, cabe interrogarse acerca de la real posibilidad de *superar las contradicciones*, de superar las diferentes miradas que profesional y usuario tienen en función de los condicionantes de clase, género, edad, etc. Por lo expuesto persiste en nosotros el interrogante acerca de los límites de tal intención y de sus implicancias prácticas, pues una excesiva confianza en tal posibilidad de superación podría derivar, por ejemplo, en el efecto ideológico de abandonar la necesidad de sostener una vigilancia continua sobre los efectos de la intervención, sobre la realidad que el profesional construye o ayuda a sostener a partir de sus interpretaciones (lo que suele ser una actitud habitual en las intervenciones sociales signadas por las urgencias, la rutina institucional y la excesiva carga de trabajo).

Arpini en el texto “De la norma a la acción y de la acción a la norma...” también plantea que el ser humano puede poner una *distancia crítica* respecto de las múltiples determinaciones que lo constituyen. La autora utiliza también una forma verbal que no cierra la cuestión, que da cierto margen de maniobra al sujeto, pero que insiste en el peso de todas las mediaciones sociales que lo constituyen:

“En efecto, el lugar que cada uno ocupa en las relaciones sociales de producción, la posición en el entramado del poder, el modo en que nos apropiamos del conjunto de valores, principios y normas, así como de los saberes, procedimientos y costumbres que recibimos como legado, la distancia crítica que *podamos* tomar frente a los usos vigentes, las modificaciones y novedades que *podamos* introducir como sujetos de la praxis con relación a la formulación de un proyecto -‘deber ser’- alternativo, todo ello conforma el conjunto de mediaciones en las que desplegamos nuestra actividad.” (Arpini, en Fóscolo 2007:231) (cursivas nuestras).

Cabe también destacar, la insistencia de Fóscolo en que no se trata de *cambiar* la moral personal por la moral de los usuarios, convicción muy extendida en la profesión. Según esta última lo más progresista parece ser dar siempre la razón a los usuarios de los servicios, el buen profesional *deja todo* por atender las demandas recepcionadas, llegando incluso a situaciones en que un cuestionamiento de las mismas o una evaluación más detenida de ellas es objeto de sospecha y crítica por parte de otros profesionales. El planteo de la autora es, en este sentido, más matizado. Al entender que profesional y usuario deben encontrar valores en común desde los cuales organizar la intervención, pone un límite tanto a la moral personal del profesional como a la del usuario, moral que no es en sí misma garantía de novedad, de progresismo, sino que puede presentar también aspectos de la eticidad vigente, la eticidad del egoísmo racional.

Un punto central en la propuesta de Fóscolo/Arpini lo constituye la consideración de la capacidad creadora de los valores. Esto se advierte en la explicación que Fóscolo realiza de la teoría de A. Heller, según la cual los valores no derivan ni de los intereses (son fundamentalmente individuales, orientan la acción en el sentido de evitar el riesgo), ni de las necesidades (su satisfacción también es individual y depende de algo heterogéneo a sí misma). Los valores

“son, dice Heller, categorías ontológicas primarias de orientación axiológica. Es decir, son *categorías básicas con las que creamos y comprendemos el mundo* y que lo constituye una vez creado. En este sentido, Heller atribuye a los valores, como decíamos, una realidad objetiva supraindividual. La creación de los valores no es individual; el sujeto creador de valores son los hombres, en plural, la humanidad empírica. La creación de un mundo y su comprensión no son sólo posibles mediante categorías cognoscitivas, sino también mediante las valorativas.” (Fóscolo, 2007:166) (cursivas nuestras).

La centralidad dada al valor de lo humano, considerado un *a priori* ético, tanto como un proyecto a realizar, la comprensión del ser humano como causa de sí, condicionado históricamente, pero con algo por realizar permite considerar la propuesta de Fóscolo/Arpini como una forma de humanismo. Lo *humano*, sin embargo, no aparece en las autoras como una realidad predeterminada. El valor de humano puede según señala la tradición del *humanismo latinoamericano* y a diferencia de lo sostenido por el *humanismo clásico*, escindirse del valor de la antigüedad clásica, la que durante siglos constituyó el modelo ejemplar de *lo humano*. En su lugar, lo humano radica en la posibilidad del mismo ser humano de crearse sí mismo, definiéndose en su actuar histórico. Esto no supone un relativismo historicista, no niega ni impide, por el contrario, reconoce y potencia las capacidades de valorar y de proyectar propias del ser humano, pero sí insiste en que las realizaciones del ser humano, lo que logra o interrumpe, lo que potencia u obtura, sean consideradas en función de lo logrado históricamente, es decir, de manera situada (Arpini, 2004).

A modo de síntesis

Consideramos que a lo largo del presente trabajo hemos mostrado que la propuesta de Fóscolo y de Arpini para el Trabajo social latinoamericano y argentino contemporáneos aparece en la trama discursiva de la profesión como una visagra. Visagra entre, por un lado, la propuesta de la CCB y, por el otro, la preocupación y necesidad actual de muchos profesionales por problematizar la intervención. La primera, de alta incidencia en la región promueve la construcción de un proyecto ético-político a nivel del colectivo profesional en el que los derechos sociales universales y la articulación con los movimientos sociales tienen un lugar central. Como parte del segundo discurso, Fóscolo y Arpini se esfuerzan por brindar herramientas analíticas para pensar éticamente las situaciones cotidianas que enfrenta cada profesional, no restringiendo su análisis a lo que pueda y deba realizar el colectivo profesional.

Quedan planteados algunos interrogantes en torno a la propuesta. Uno de ellos respecto de la noción de ser humano que le sirve de fundamento. Es claro que la subjetividad es constituida en relaciones sociales, mediadas por el trabajo, las ideologías y el inconsciente, sin embargo no deja de existir un énfasis importante en la posibilidad de distancia crítica que el sujeto pueda poner respecto de ellas. Por momentos, se corre el riesgo de dar lugar a lecturas inadvertidas que simplifiquen el paso de una intervención mediada por condicionantes no conscientes a otra que los haga conscientes. Como si fuese posible pasar de un registro al otro de manera más o menos fácil y clara cuando, en realidad, cabe pensar que ambos registros funcionan siempre juntos. La lucha de fuerzas que conforman el yo, en sentido nietzscheano, hacen de la constitución del sí mismo un proceso en el que fuerzas antes reprimidas pueden emerger. Es decir, no necesariamente lo que uno hace consciente deja de tener un registro inconsciente, deja de ser producto de otra fuerza que también es parte de la propia subjetividad, una fuerza hasta entonces desconocida, pero con la misma voluntad de poder. No tan directamente se hace consciente la moral personal y las elecciones que consideramos más libres pueden tener nuevos efectos ideológicos.

La propuesta de Fóscolo, si no es tratada con cautela, planteando por ejemplo, la posibilidad de hacer *parcialmente* consciente la moral personal, puede alimentar posiciones pseudo-progresistas muy difundidas en la disciplina Trabajo social. Posiciones en las cuales se cree que por utilizar terminología marxista y oponerse a cualquier política institucional, se ha hecho una elección ética legítima, sirviendo tal elección de reducto moral en el cual protegerse, sin sentir la intemperie de la complejidad social, sin experimentar la incertidumbre.

Cabe también interrogarse acerca de la real posibilidad de *superar las contradicciones* existentes entre valores del profesional y valores de los usuarios y acerca de los límites de tal intención. Aún cuando Fóscolo utiliza el tiempo verbal potencial para referirse a los valores

universales como una posible salida a contradicciones éticas que aparecen como dilemáticas, no es lejano el efecto ideológico, práctico, de abandonar la necesidad de sostener una vigilancia continua sobre los efectos de tal intervención. Aún cuando estamos en presencia de una propuesta ética de mínimos, en el sentido que establece algunos valores básicos para la convivencia ciudadana, sin determinar máximos, es decir, sin predeterminedar cuál es la forma de vida correcta o cuáles son los bienes a seguir legítimamente, persiste nuestra insistencia en analizar cuidadosamente los efectos que pueda comportar la persecución de tales mínimos.

Lo señalado, sin embargo, no niega una alta potencialidad en la propuesta, pues ella concretiza un modo de hacer producir la tensión entre plexos de valores diferentes. Lo contrario, el resguardarse en tal diferencia como una imposibilidad para resolver situaciones cotidianas de la intervención profesional, también puede llevar al efecto ideológico de la inmovilidad, permaneciendo en la queja frente a situaciones aparentemente dilemáticas. Señalar un camino de salida a tales dilemas ubica la propuesta de Fóscolo/Arpini en el discurso *problematizar la intervención social*, aportando herramientas teóricas y filosóficas concretas para facilitar la intervención profesional.

Por ello insistimos en que la práctica misma de intervención social constituye un desafío para esta propuesta, porque obliga a analizar con cautela su empleo, las contradicciones que pueden suscitarse, teniendo en cuenta que de manera harto habitual en las referencias a 'lo humano' que en ellas se realizan se filtran modelos que son empleados como vara para juzgar las situaciones con las cuales se trabaja, sin quererlo se pone en juego una pretendida universalidad humana que obstruye la posibilidad de la emergencia de lo singular, con toda su complejidad, su impureza, sus contradicciones. En esto radica, al mismo tiempo, la riqueza de lo trabajado por Fóscolo y Arpini, el esfuerzo realizado para aportar, desde la Filosofía, a la intervención concreta, siendo más habitual que tal tarea se postergue indefinidamente, sin correr el riesgo de realizar los tan necesarios aportes para mediar entre el plano de la reflexión teórico y el de la intervención concreta.

Bibliografía

- AQUÍN, NORA, (2006). "Trabajo social en America Latina: balance, desafíos y perspectivas", en *Katálisis* [online]. Vol.9, n.2 [cited 2010-04-27], pp. 137-138. Disponible en: <http://www.periodicos.ufsc.br/index.php/katalysis/article/viewFile/1684/>;
- ARPINI, ADRIANA, (2004). "El sentido emergente del humanismo latinoamericano en los escritos de Augusto Zalazar Bondy", en *Estudios. Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*. Año 5, N°5. Mendoza, Qellqasqa, pp.81-102.
- _____, (2010). "Diversidad y reconocimiento: para una revisión del Humanismo. Pico della Mirándola y Bartolomé de las Casas". Informe de avance, proyecto bienal 2009-2011 06/G472. Mendoza: Facultad de Filosofía y Letras. UNCú. Mimeo.
- _____, (comp.) (1997). *América Latina y la moral de nuestro tiempo*, Mendoza, EDIUNC.
- BORGIANNI, ELISABETE et al., (orgs) (2003). *Servicio Social Crítico. Hacia la construcción del nuevo proyecto ético-político profesional*, Sao Paulo, Cortez.
- DUSELL, ENRIQUE, (1998). *Ética de la liberación en la edad de la globalización y de la exclusión*, Madrid, Trotta.
- FÓSCOLO, NORMA, (1997). "Trabajo social y derechos humanos frente a la nueva cuestión social», en Eroles, Carlos (comp.): *Los derechos humanos. Compromiso ético del Trabajo social*, Buenos Aires, Espacio, pp.67-89.
- _____, (2003). "Dilemas éticos y ética ciudadana. La ética profesional del Trabajador Social"; ponencia presentada en el XXII Congreso Nacional de Trabajo social, La Pampa, FAAPSS.
- _____, (2004). "La ética ciudadana. Una fundamentación de la ética profesional del Trabajador Social", en *Confluencia de Trabajo social*. Año 1, N° 1, Mendoza, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNCuyo, pp.57-71.
- _____ (coord.), (2004). *Desafíos éticos del Trabajo social latinoamericano. Paradigmas, necesidades, valores, derechos*, Buenos Aires, Espacio.
- HINKELAMMERT, FRANZ, (1984). *Crítica a la razón utópica*, San José de Costa Rica, DEI.
- _____, (2003). *Solidaridad y suicidio colectivo*, San José de Costa Rica, Ambientico.
- KARSZ, SAÜL, (2007 [2004]). *Problematizar el Trabajo social. Definición, figuras, clínica*, España, Gedisa.
- _____, (2008). "Marxismo, Psicoanálisis y Trabajo social. Comentario a la ponencia central de José Paulo Netto", en *Trabajo social*, N° 74, Santiago de Chile, Pontificia Universidad Católica de Chile, pp.57-61.
- _____, (2009). "Pensar la intervención social. Ideología e inconsciente hacen nudo. Perspectivas teóricas e implicancias prácticas". Curso de posgrado dictado en la FCPyS, UNCuyo. Mimeo.
- _____, (2010). "¿Qué pasa con lo humano en una sociedad fundada sobre el ideal del 'riesgo cero'?", en *Millcayac. Anuario 2009*, Mendoza, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, U.N.Cuyo, pp. 13-34.

PAROLA, RUTH, (2009). *Producción de conocimiento en Trabajo social. Una discusión acerca de un saber crítico sobre la realidad social*, Buenos Aires, Espacio.

_____, (2011). *Pensando la práctica profesional desde el espacio social. ¿Un cerco para la práctica o una red de relaciones?* Texto elaborado en el marco del proyecto de investigación denominado "Aportes para la articulación de una teoría del lazo social pertinente para la intervención social de los trabajadores sociales...", dirigido por el Lic. N. Lobos y financiado por la SETyP-UNCU (209-2011). Inédito.

SILVA BARROCO, MARIA LUCIA, (2004). *Ética y Servicio social: fundamentos ontológicos*, Sao Paulo, Cortez.

ZÎZËK, SLAVOJ, (2005 [1994]). "Introducción. El espectro de la ideología", en Slavoj Zîzêk (comp.). *Ideología un mapa de la cuestión*, Buenos Aires, FCE.